

Libros de viejo, libros usados

Federico Patán

Los libros de viejo son como antiguos continentes que esperan una suerte de redescubrimiento. Cubiertos de polvo, agazapados en los estantes, esperan pacientemente nuevos ojos, nuevas manos que volverán a recorrerlos. Son como máquinas del tiempo que desafían a un mundo regido por el estigma de la novedad. Federico Patán hace un recuento personalísimo de estos objetos entrañables, fetiches mágicos que nos recuerdan nuestra efímera eternidad.

La Secundaria nocturna número 8 estaba cerca de la antigua Lotería Nacional. Me estrené como alumno de ella en segundo año, dada la necesidad de trabajar durante las mañanas. Tarde a tarde, de lunes a viernes, recibía de mi madre algunas monedas para el tranvía, que la escuela se distanciaba de casa sus poderosas veinte manzanas, las cuales me echaba a pie, tanto en la ida como en el regreso. Porque aquellas monedas las iba guardando y, el viernes, gastaba lo acumulado en comprarme un libro. Un libro de viejo, según la idea que por entonces tenía yo de estos asuntos.

¿Cómo se llega al gusto por los libros? Las rutas varían. En mi caso, aunque es mera sospecha, el que mi padre leyera y siempre hubiera alguna novela por ahí, sobre un mueble, próxima a mi curiosidad. O tal vez, suposición improbable, el que por haber nacido miope el leer terminara siendo la actividad consecuente dado ese mal. Tercera hipótesis, que el padecimiento de una timidez enorme me llevara a escudarme del mundo tras

un libro. O una combinación de las tres u otra cuarta jamás considerada. Sea como fuere, muy temprano llegué a los libros partiendo de los comics. A los libros de viejo, únicos posibles dada la estrechez de mi bolsillo. Libros de viejo significan librerías de viejo, antiguas instituciones que han logrado sobrevivir en esta sociedad donde una de las leyes de compra es cambiar lo aún útil por lo novedoso. En aquella época, hablo de los cincuenta, dichas librerías abundaban.

Por ejemplo en la avenida Hidalgo, en un Centro al que aún no se adosaba lo de Histórico. A partir de la Alameda y en dirección al Puente de Alvarado esas librerías se dejaban venir en interminable sucesión. No recuerdo el número exacto, pero unas diez sí serían. Su disposición geográfica era justo lo que yo necesitaba: viniendo de casa quedaban entre ésta y la secundaria. Dado que las clases se iniciaban a las cinco y media, también el horario me favorecía. Disfrazarse de estudiante era un suplicio dado lo aburrido de las materias, en espe-

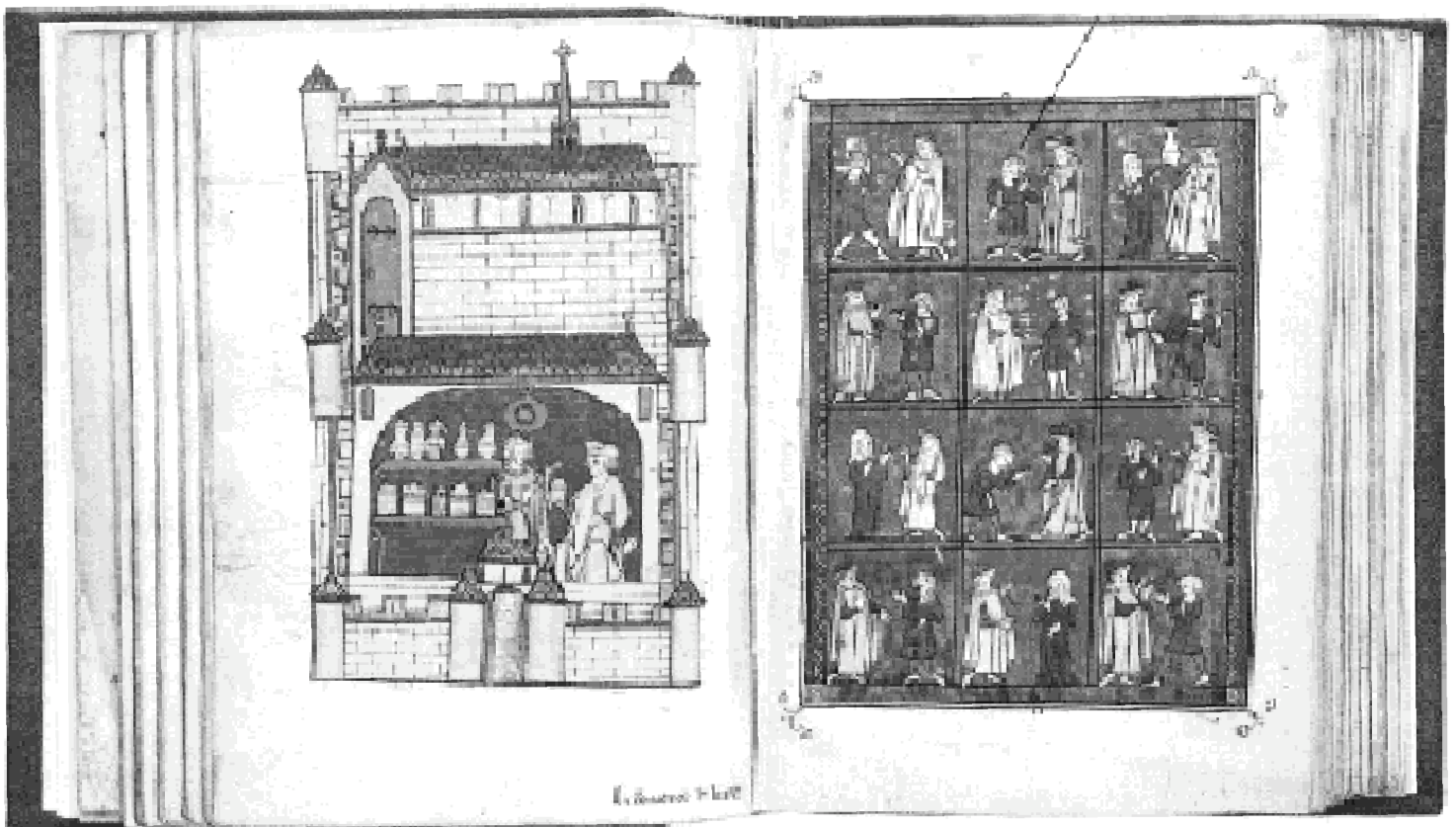
cial las científicas. Por tanto, antecederlas con un rato de librería otorgaba cierto consuelo.

Ese consuelo se iniciaba cuando el bolsillo aseguraba la posibilidad de comprarse un libro. La tarde de tal suceso partía hacia la secundaria con entusiasmo, que no dejaba de producir alguna sorpresa en mi madre, dado el remoloneo de otros días. Se continuaba, acrecentándose, durante el trayecto, cuando iba preguntándome qué tesoros hallaría en la mesa de uno cincuenta. Porque mi preferida era una librería llamada Oteló, situada a mano izquierda de la avenida Hidalgo, cuando su primer local. Años después, con la ampliación de avenidas, se vio obligada a ubicarse en la acera de enfrente. Ap a rte de los estantes, en ese negocio había tres mesas, la de libros a uno cincuenta, la de libros a tres pesos y la de libros a cinco pesos, mesa esta última a la que pensaba llegar en cuanto mi salario creciera. Pa rte del estado de ánimo era saber que el dinero acumulado no daba para más de un libro. He ahí, paradoja, el gran placer de la situación: como varios se me apetecieran, venía la necesidad de elegir sólo uno y esa elección se transformaba en gozo. ¿Qué mérito hay cuando pueden adquirirse todos los antojos? Idea tal vez propiciada por la necesidad de consolarse al dejar varios títulos abandonados en la mesa, seguramente desaparecidos llegando la siguiente visita.

Las librerías de viejo democratizan el libro. En primer lugar porque lo vuelven asequible prácticamente a todos los bolsillos y, en segundo lugar, porque hacen convivir en un solo espacio las materias más diversas, ciudadanas que son de una misma sociedad. La encua-

dernación, el tamaño y el grueso determinaban la pertenencia o no a la mesa correspondiente. No recuerdo haberme topado con un libro de pasta dura en la mesa de los más baratos. Esto me daba igual, puesto que la apariencia del libro aún no formaba parte de mi proceso de selección. No era mi única ignorancia. Pero aclaro que en aquellos tiempos ese tipo de ignorancias era uno de los mayores deleites en la busca de libros. Así, tomaba yo un volumen y me iba directamente al título: ¿*Mujercitas*? No, gracias. ¿*El rey de la montaña*? Tal vez. ¿*El capitán Sangre*? Seguramente. Como el título prometía más, este último se iba conmigo y, entonces, de gustarme, el nombre del autor se quedaba en la memoria y, de hallar una segunda novela amparada por tal escritor, jamás había dudas. O bien se trataba de Rafael Pérez y Pérez, que pasaba a conformar la lista de los infumables. No le perdonaba el que me hubiera hecho gastar dinero para contarme una historia cursi, hoy felizmente olvidada. Ahora bien, este sistema de ensayo y error tenía como base cada vez más sólida mi decreciente ignorancia. Hoy día padezco cierta nostalgia por aquella inocencia de lector, que se fue perdiendo lentamente según el desconocimiento disminuía, hasta derivar en el caso extremo de ir a una librería con el único propósito de comprar un libro en lo específico.

Sabía yo por entonces de otro tipo de librerías: las de nuevo. Incluso entré en algunas, la primera vez prevenido ante dos de sus inconvenientes: los precios y el sistema de venta. En la etapa anterior a Zaplana, lo obligado era llegar con una idea específica de lo que iba





a comprarse, solicitar el título preciso y aguantar el mandarriazo del costo. ¿Dijo usted veinte pesos? Preguntaba uno antes de irse abrumado por la cifra reiterada. En las de viejo ambos inconvenientes desaparecían. Tímido que era yo, me venía al pelo entrar en el local, ir directamente a la mesa dictada por mi pobreza y pasar deliciosos minutos en averiguar qué me tenía preparada la suerte. Esa presencia del azar era sabrosísima.

Poco a poco los libros adquirieron editorial. No tardé en comprender que mis cotos de exploración naturales eran Molino, Tor y con mayores precauciones Sopena. Casi ley absoluta, libro publicado por ellas correspondía con mis gustos. Excepto que Sopena tendía a estropear su catálogo incluyendo en él poesía y tratados filosóficos. Aparte de la editorial, y a fuerza de insistencia, los libros terminaron por hacerse de un autor. La primera novela leída de Julio Verne (*Veinte mil leguas de viaje submarino*) llevó a otra garantizada en la portada por ese nombre. Lo mismo con Salgari, Curwood o May. Con la ventaja los tres últimos de que no pontificaban sabiduría científica. Verne, en sus momentos de descuido, se confabulaba con mis maestros de secundaria en incluir largos pasajes de explicaciones inútiles. ¿Cómo era posible transformar la clase de literatura en mera ficha biográfica, aguardando allí, a unas calles de distancia, tanta novela digna de lectura? Por tanto, los propios libros fueron entregándome pistas o cebos que me llevaban a elegirlos o no. Por ejemplo, alcancé la mesa de cinco

pesos ya bastante adolescente. Curioseando libros en ella, me encontré en uno de ellos con un párrafo donde un hombre le bajaba los calzones (era la palabra empleada en la traducción) a una mujer y... exploré en rededor, preocupado de verme descubierto en aquella lectura. Nadie me prestaba atención. Entregué el billete, salí de la librería, aguanté clases incluso más extensas de lo común, cubrí presuroso las veinte manzanas del trayecto a casa, cené rápido y, por fin, me tendí en la cama e inicié la lectura. El libro cumplió sobradamente. De esta manera conocí de D.H. Lawrence *El amante de Lady Chatterley*. De haber comenzado por otra de sus novelas, seguramente se habría dado menos entusiasmo en mi lectura.

Emil Ludwig me convenció de que valía la pena leer biografías, Espronceda consiguió interesarme en la poesía, Zweig me hizo ver que las novelas eran algo más que aventuras y el cine me llevó a James Hilton. Porque en una de las ocasiones descubrí *Horizontes perdidos* en la mesa de tres pesos y el título coincidía con el de una película vista años atrás y la cual había disfrutado. Examiné la cuarta de forros y, en efecto, el filme procedía de la novela. Por tanto, la compré, la leí, me gustó, la puse en mi breve librero, volví a ella tiempo después para encontrarla deficiente y fue de las intercambiadas. Porque un día se me ocurrió tomar tres o cuatro libros ya superados en mi sistema de preferencias e irlos a vender. A una librería de usado, desde luego, que es otra de

las ventajas que tienen sobre las de nuevo. ¿Qué me propuso el dueño? Se los tomo al dos por uno. Es decir, ninguna transacción monetaria: se determinaba que eran de uno cincuenta, de tres o de cinco pesos y podía llevarme uno a cambio de entregar dos. ¿Qué correspondía sino aceptar? Excepto cuando necesitaba dinero para ir al cine.

Fue tras entablar amistad con Celso Amieva, poeta del exilio español, que descubrí lo equivocado de mis conceptos. Porque en cierta ocasión, viendo lo que estaba leyendo, le dije: Veo que te gustan los libros de viejo, como a mí. No, replicó, a mí me gustan los de viejo y a ti los de ocasión. Suponiendo que me tomaba el pelo, solicité aclaraciones. Helas aquí: él iba a las librerías de viejo explorando por ediciones antiguas, uno de cuyos valores residía en la antigüedad. Nada lo deleitaba tanto como hacerse de una primera edición y, en ocasiones, llegué a sospechar que iba a la caza de primeras ediciones antes que de escritores. En cambio yo, me dijo, buscaba el libro barato, sin importar que su publicación fuera de meses atrás. Quedaba implícito que su empresa era de mayor seriedad que la mía. No me importó. Ya por entonces combinaba yo la adquisición de libros nuevos con los de ocasión, y sucedía además que en Zaplana se encontraban saldos con frecuencia. Es decir, libros que dada su poca venta se habían acululado y se ofrecían a precios muy modestos. Fue así como me hice, lo doy a modo de ejemplo, de *Berlín, Alexanderplatz*. ¿Podría considerarse tal sistema de ven-

tas como sistema intermedio entre las librerías de viejo y las de nuevo?

No me interesó aclarar el punto dado que mi economía había ido progresando (si bien muy, muy lentamente) y ello significaba una separación gradual respecto de los libros de ocasión. Me desplazaba la condición física de muchos, puestos a la venta con señales de un maltrato considerable. En cierta ocasión, incluso, alguno me llegó con falta de bastantes páginas; arrancadas por las razones que fuera, mutilaron la lectura. ¿Habrá sido enojo con la prosa del autor, prurito de censura, rechazo de algún giro argumental? A saber, aquella novela tenía un hueco en su estructura que procuré subsanar mediante la imaginación. Ya fue ganancia. Pero lo cierto es que mi trayectoria en la compra de libros fue de irse desprendiendo de los de ocasión para ir llegando a los nuevos, en todo lo cual hay una pérdida de la que estoy consciente: las librerías de viejo permiten la compra de títulos imposibles de hallar en las de nuevo. Son lugares propicios para la supervivencia de los olvidados.

En mi caso, esa trayectoria significa el establecimiento de una geografía citadina. Mi primera librería de ocasión estuvo en la calle de El Salvador, a unos pasos de donde vivía. Era un hosco espacio cuadrado, de techo altísimo y con tres mesas enormes, donde los libros aparecían con el lomo hacia el comprador. El dueño era un joven que, sentado al fondo del local en un banco elevado, vigilaba su reino. ¿O lo vació de su reino? Porque en todas las ocasiones que visité el lugar lo encontré ayuno



En aquellas librerías de viejo la encuadernación, el tamaño y el grueso determinaban la pertenencia o no a la mesa correspondiente.

de clientes y poco después cerró. No sin que antes me permitiera hacerme amigo de Alejandro Dumas padre. *Los tres mosqueteros*, sin duda la mejor puerta de entrada a ese autor. Luego, mis terrenos de exploración se mudaron a la ya citada avenida Hidalgo. Más tarde, casado y dueño de una licencia de manejo, *Cazalibros*, en Las Lomas, fue donde conseguí libros de oportunidad, mayoritariamente en inglés, muchos de los cuales han hecho casa vieja en mis estantes. Enseguida el abandono de tales compras, llevado de una preferencia por las ediciones nuevas, hábito que pudiera merecer el calificativo de pedante.

Sin embargo, hay una etapa geográfica más que incluir. Se dio en la ciudad de Provo, en Utah, donde estaba de profesor visitante, y fue producto de la cortesía. Porque cuando pregunté si tenían una Barnes & Noble que estuviera más o menos cercana, un colega me dijo: ¿Para qué malgastar dinero en esa librería? Y me llevó a un almacén de objetos de segunda mano, cuyas ventas se aplicaban a labores de beneficencia. ¿Cómo negarse sin parecer egoísta? Así, tras años de abstinencia, regresé a los libros de ocasión. O mejor, al libro de ocasión. Me explico: llegado al lugar, me vi en medio de mesas desbordantes de ropa usada, de aparatos eléctricos superados por la técnica, de juguetes maltratados y (sí, claro) libros. No muchos: apenas un estante de los varios que componían la tienda. No muchos interesantes, porque la inmensa mayoría eran de autoayuda, de texto o *best sellers*. Me dije: elige cualquiera, simplemente para cubrir el expediente. Pero, ¿por cuál optar sin sentirme frustrado? Además, era necesario hacerlo con cierta rapidez, pues el amable colega aguardaba pacientemente que yo terminara mi exploración. De pronto, la palabra Eboli me atrajo desde un lomo. Algo tembló en mi memoria y tomé el libro: *Christ Stopped at Eboli* de Carlo Levi, en traducción al inglés de Frances Frenaye. Lo compré. El libro aún me acompaña y conserva la etiqueta de la tienda: veinte centavos de dólar. Salí del lugar preguntándome qué extraños caprichos habían situado a Levi entre autores que no le correspondían. Con ello, recuperé momentáneamente la sensación de gusto ante el hallazgo inesperado. Ocurrió esto en los noventa y desde

entonces no he vuelto a ninguna librería de viejo (o de usado o de ocasión).

No se las culpe. Las que sobreviven conservan su encanto y cumplen fielmente sus funciones. El cambio se dio en mí: gozo la sensación de ser yo quien está inaugurando un libro. Me disgusta encontrarme en él huellas de lecturas antecesoras, sobre todo cuando manifiestan descuido en el manejo del volumen. Sin embargo, en mis estantes sobrevive una buena cantidad de libros de ocasión, el más antiguo de ellos las *Obras completas* de Shakespeare, comprado en la Navidad de 1956 con parte del aguinaldo que me correspondía. Y libros cuyas huellas de origen se me transforman en una especie de novela policiaca. ¿Quién es el misterioso L.D.R. que, en 1903, compró las *Obras completas* de Elizabeth Browning para regalarlas a un(a) no menos misterioso(a) E.R.C.? En las dedicatorias de este tipo se ocultan historias que, apoyadas por cierto grado de imaginación, pudieran derivar en un cuento.

Una última anécdota relacionada con libros de ocasión. El poeta Eduardo Casar me detiene en un pasillo de la Facultad de Filosofía y Letras (de la UNAM, claro). ¿Sabes lo que acabo de ver allí afuera. Con “allí afuera” se refería a los puestos de libros situados a la entrada de la Facultad. No. Uno de tus libros de poesía; yo que tú lo rescataba. Claro, me asomé y al cabo de tres puestos di con el libro anunciado. Era el segundo de los míos, publicado en 1968. Unos treinta años atrás. ¿Lo rescaté? No. Por varios motivos: el de mayor peso, considerar que debía seguir su camino sin mi intervención. El segundo en importancia: si estaba dedicado, ¿cómo reaccionar? ¿Molestándome con quien fuera motivo de la dedicatoria? ¿Suponiéndolo muerto y, por tanto, achacándole a su familia la venta? Es un atractivo más de los libros de ocasión: llegan al lugar de venta acompañados por historias silenciadas, que es imposible deducir. Por tanto, dejé mi libro, con su callada historia, sobre la estera de exhibición. Al día siguiente ya no estaba, con lo cual se inicia otra etapa de la trayectoria: ¿Quién lo compró? ¿Con qué motivo? Ah, me dije camino a mi salón, tal vez haya iniciado su transformación en incunable. **U**